

Descifrando el “fracaso” económico argentino. Un ensayo sobre un debate fútil

Unraveling Argentina’s Economic “Failure”. An Essay on a Futile Debate

Marcelo Rougier¹

Resumen

Existe una abrumadora tradición de la historiografía económica argentina dedicada a rastrear los orígenes de los problemas económicos identificando “desvíos” históricos o momentos en que el país habría perdido oportunidades de desarrollo. Este interés, algo inusual a nivel internacional, se centró en explicar por qué el prometedor crecimiento de finales del siglo XIX, impulsado por el modelo agroexportador, no se tradujo en un desarrollo sostenido a largo plazo. Inicialmente dominada por economistas, la historiografía económica privilegió grandes relatos interpretativos. Desde los años cincuenta, perspectivas estructuralistas, neoclásicas y marxistas han intentado explicar el desempeño económico sobre la base de los mismos interrogantes: ¿cuándo comenzó el “fracaso”? ¿Fue el modelo agroexportador idílico o el problema radicó en el intervencionismo estatal? Estas preguntas siguen resonando en el debate público y político, como en afirmaciones de líderes actuales que vinculan la “decadencia” al peronismo o exaltan un pasado de “potencia” económica. Estos trabajos, aunque valiosos, dejaron poco margen para aportes históricos más específicos y difícilmente constituyan hoy buenas guías para la investigación de nuestro pasado.

HISTORIA ECONÓMICA – HISTORIOGRAFIA - ARGENTINA

Abstract

The economic historiography of Argentina has a strong tradition of tracing the origins of economic issues by identifying historical “missteps” or moments when the country missed development opportunities. This focus, somewhat unusual internationally, seeks to explain why the promising growth of the late 19th century, driven by the agro-export model, did not lead to sustained long-term development. Initially dominated by economists, this historiography favored broad interpretive narratives. Since the 1950s, structuralist, neoclassical, and Marxist perspectives have grappled with the same questions: When did the “failure” begin? Was the agro-export model idyllic, or did the problem lie in state interventionism? These questions continue to resonate in public and political debates, as seen in claims by current leaders linking “decline” to Peronism or glorifying a past of economic “power.” While valuable, these works left little room for

¹ Centro de Estudios de Historia Argentina y Latinoamericana, Instituto Interdisciplinario de Economía Política, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires-CONICET. marcelorougier@yahoo.com.ar – Perú 440, 4to K (1067) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

more specific historical contributions and are hardly reliable guides for researching our past today.

ECONOMIC HISTORY – HISTORIOGRAPHY -ARGENTINA

Introducción

La historiografía económica en la Argentina ha avanzado mucho en las dos últimas décadas. De modo significativo y algo extraño a nivel internacional o incluso regional, la historiografía económica se ha centrado en el estudio de los problemas del pasado de forma tal que permitiera “rastrear” posibilidades de resolver problemas contemporáneos, señalando eventuales “desvíos” o momentos en los que la Argentina habría torcido el rumbo consagrado o derrochado oportunidades, como si se tratara de un “eslabón perdido”, muchas veces en forma prácticamente lineal. En esencia, la investigación en el área estuvo motivada por explicar por qué la temprana promesa de un crecimiento veloz hacia fines del siglo XIX no se había traducido en un crecimiento sostenido en el largo plazo. Ese fue uno de los senderos más transitados y, a la vez, guía en la investigación en el campo de la historia económica. La traza quedó marcada a fuego por los autores (convertidos en referentes indiscutidos) de las grandes interpretaciones de largo plazo o estudios de síntesis hasta prácticamente el cambio de siglo.

Así, la incisiva búsqueda de los momentos en que habrían tenido inicio los problemas y frustraciones de la economía argentina pareció ser más una preocupación (sin duda legítima) de economistas interesados en encontrar herramientas posibles para actuar sobre el presente que de historiadores y otros científicos sociales que se abocaron a estudios específicos. El predominio de los grandes relatos interpretativos con poder de universalizar lo particular dejó un estrecho margen para incorporar los nuevos aportes que se realizaban desde el campo de la historia. Por su parte, en estos abordajes el afán por explicar los quiebres, los orígenes de la declinación, etc. no fueron explícitos, motivados quizás por destacar las continuidades; no obstante, en muchos casos, esa inspiración quedó relegada al sustrato de ideas subyacentes que nutrían su marco conceptual y metodológico.

Las desazones respecto al desempeño económico argentino no son nuevas, sino que han sido planteadas al menos desde hace sesenta o setenta años, lo que marca un dilatado camino de frustraciones, cuando no de “declinación”. Así quedó incluso claramente reflejada en varios títulos de libros y artículos de referencia, por ejemplo: “*¿El boom argentino: una oportunidad desperdiciada?*” (Cortés Conde, 1969); *Crisis y retraso. Argentina y la economía internacional entre las dos guerras* (Vázquez Presedo, 1978); *La Argentina que no fue* (Llach, 1985), *Reversal of Development in Argentina* (Waismann, 1986), *El devenir de una ilusión* (Ferrer, 1989), *Auge y decadencia de la economía argentina desde 1776* (Vázquez Presedo, 1992), *La crisis del capitalismo argentino* (Lewis, 1993), *El desarrollo ausente* (Azpiazu y Nochteff, 1994), *El ciclo de la ilusión y el desencanto* (Gerchunoff y Llach, 1998), *Progreso y declinación de la economía argentina* (Cortés Conde, 1998), *¿Por qué Argentina no fue Australia? Historia de una obsesión de lo que no fuimos, ni somos... ¿seremos?* (Gerchunoff y Fagjelbaum, 2016), *When did Argentina lose its mojo? A short*

note on economic divergence (Katz y Yeyati, 2024), entre otros.² A estos podríamos sumar como punto de partida el pretérito y clásico trabajo de Félix Weil (1944) que ya en los años cuarenta se preguntaba sobre el “enigma” argentino. Difícilmente el actual artículo se encuentre en condiciones de discutir la idea que nuestro pasado no es un arcano para los estudiosos, ni tampoco una frustración para la mayor parte de la población (y no sólo del presente); por lo pronto, resulta claro que no constituye un paisaje despejado, fácil de aprehender. Con todo, parece oportuno recordar la frase atribuida a Simon Kuznets “existen cuatro clases de países: los desarrollados, los en vías de desarrollo, Japón, y Argentina”. Más allá de su veracidad, hay que reconocer que es inevitable que nos preguntemos por qué el país al que le predijeron un futuro semejante al de los Estados Unidos, en el que se radicaron millones de inmigrantes en busca de mejores condiciones de vida, padezca al menos desde hace décadas crisis interminables (una idea diferente es que efectivamente sea un país “fracasado”).

Los contemporáneos del cambio de siglo avizoraban una expansión económica inagotable, y esa euforia parecía lícita. Pero la visión de los contemporáneos no es necesariamente la más acorde para analizar el crecimiento en el largo plazo, en tanto la falta de perspectiva histórica condiciona los análisis. Que se verificara un crecimiento importante, no garantizaba que fuera sostenible en el tiempo... además ¿cuánto tiempo debe “funcionar” un modelo económico para que lo consideremos “exitoso”? el denominado “modelo agroexportador” fue sin dudas exitoso, pese a sus avatares, en garantizar el crecimiento (diferente por cierto a desarrollo o equidad distributiva). En el transcurso del siglo XX, mirado globalmente, el *quantum* de bienes disponible para los habitantes contabilizó crecimientos considerablemente menores (renta por habitante, exportaciones sobre PBI, etc.) y se retrasó respecto a otros países que competían en los mismos mercados o partían de realidades similares. En otras palabras, el “retraso” puede plantearse como síndrome tanto en función de la propia dinámica como en términos comparativos con otras naciones, más allá del uso de estadísticas poco confiables, por decir lo menos, o comparaciones entre países o trayectorias que no son en modo alguno comparables.³ Sin duda, esta performance habilita la pregunta respecto a si existió tal comienzo venturoso o se trataba de un retraso relativo. También respecto a cuándo se diluyó ese impulso inicial, y otras muchas preguntas que pueden resultar de interés, más allá de ciertos debates más ligeros de los últimos años y la actualidad.⁴

Las interpretaciones con perspectiva histórica, la identificación de fracasos y el interés por los problemas del bajo crecimiento y el “subdesarrollo” comenzaron a plantearse en las décadas de 1950 y 1960, principalmente, con la difusión de las concepciones estructuralistas y desarrollistas. Dentro de ese relato tendría notable significación la obra de Ferrer (1963), uno de los economistas locales pioneros en abreviar en las “teorías del desarrollo” y establecer una periodización por “etapas”. Su trabajo pretendía bucear en las raíces históricas

² A ello habría que agregar estudios específicos que abordaron la cuestión del “fracaso” desde una mirada historiográfica como la que aquí se intenta, por ejemplo, Schvarzer (1993), Sartelli (1996), Lewis (1999), Vitelli (1999), Míguez (2005) o Rapoport (2019).

³ Véase una discusión sobre el uso de las estadísticas y las comparaciones internacionales en Kulfas (2016). En nuestro título utilizamos la expresión “descifrando” quizás con la velada intención de no caer en la tentación de incorporar cifras al análisis.

⁴ Los ejemplos en notas de prensa son numerosos y recurrentes, entre los más recientes, por ejemplo: M. Duclos “En 1895, Argentina tuvo el PIB per cápita más alto del mundo, ¿qué salió mal?” *Infobae*, 17 de abril de 2018; R. Cortés Conde, “El círculo vicioso de las recurrentes crisis económicas”. *La Nación*, 30 de octubre de 2019; Daniel Schteingart, “¿Es cierto que Argentina se jodió en 1945?”, *Central*, 17 de octubre de 2019; J. Slucki, “Argentina en 1910: país rico sí, potencia no”, *El Destape*, 14 de julio de 2025.

de los problemas económicos de ese momento expresados en el recurrente estrangulamiento del sector externo y sus consecuencias sobre el crecimiento. La otra vertiente, si se quiere más neoclásica, de este pensamiento, quedó reflejada en la obra de Di Tella y Zymelman (1967) que seguía los difundidos lineamientos de Walt Rostow sobre las etapas del desarrollo económico. Los autores ofrecían una periodización que situaba a la Argentina en la etapa del “despegue hacia el crecimiento autosostenido” (iniciada en la década de 1930 con la irrupción de las actividades industriales y una mayor intervención estatal); pero intercalaban una “demora” entre 1914 y 1930, donde no se había producido el “despegue” industrial; esa demora les permitía explicar por qué el país no había todavía alcanzado la “madurez” hacia los años sesenta. Confrontando con esta literatura paulatinamente tomó fuerza una interpretación de la historia económica también crítica de su desempeño, pero anclada en un andamiaje con mayor énfasis en la teoría neoclásica y en los aportes de la *New Economic History*. Una representación acabada de esa visión puede encontrarse en los trabajos de Carlos Díaz Alejandro (1975), un economista cubano de la Universidad de Yale. El autor apelaba a un profuso uso de las estadísticas y revaloraba la economía previa a 1930, cuando el predominio de una economía abierta había generado mayores niveles de eficiencia de acuerdo con la dotación de recursos disponibles.

Estos trabajos y sus preocupaciones presentaron una serie de imágenes que quedaron grabadas a fuego en la producción historiográfica posterior, constituyendo una doxa intelectual con pretensión hegemónica. Estas improntas que en términos generales “evaluaban” (desde la perspectiva del economista) las distintas experiencias perduraron sin más dado la falta de diálogo con los estudios empíricos y definieron buena parte de la agenda de investigación de la historia económica (que se centró particularmente en lo que había ocurrido en las actividades agrarias y la economía exportadora previa a 1930) y no hubo nuevas publicaciones con pretensiones de largo plazo hasta fines de la década de 1990, cuando la economía se acercaba a una de las mayores crisis de su historia. En general, estos trabajos de síntesis, como los mencionados de Cortés Conde (1998), Gerchunoff y Llach (1998), Vitelli (1999), e incluso Rapoport (2000) mantuvieron el viejo denominador común de las obras de los años sesenta, identificar qué había pasado con la economía argentina, cuáles eran las claves para entender su fracaso (por ese entonces mucho más evidente) plasmando más una mirada retrospectiva de la economía y las políticas económicas que una propia de la historia económica. Con el cambio de siglo, a la par que se producía una renovación historiográfica importante, continuaron editándose obras generales que, si bien actualizaron temporalmente los análisis, mantuvieron básicamente los mismos interrogantes y perspectiva.

A continuación, presentamos algunas de estas interpretaciones, si bien resumidas o estilizadas, agrupadas a partir de tres perspectivas principales que las contienen. Estos conjuntos tienen límites difusos, pues de algún modo pueden combinar o compartir argumentos, sobre todo en tanto abordaron análisis específicos, difíciles por su propia naturaleza como hechos históricos de ser encasillados férreamente. Además, comparten su despliegue en un mismo marco temporal, aun con sus antecedentes, y por lo tanto nuestra enunciación y análisis, al no seguir una lógica cronológica, no permite vislumbrar claramente las influencias, los intercambios y aportes de una a otra interpretación. No obstante, a la luz de este ensayo y de sus acotados propósitos, las perspectivas estructuralista, liberal y marxista pueden identificarse con bastante precisión y condensan buena parte de los argumentos vertidos por la historiografía sobre el desempeño y los problemas de la economía argentina a lo largo de los años.

Interpretaciones, periodización y “desvíos”

Las visiones estructuralistas

Como destacamos, fueron autores vinculados al estructuralismo los que presentaron inicialmente una interpretación histórica de los problemas del crecimiento y el desarrollo económico en la Argentina de manera compendiada. La búsqueda partió de pensar los problemas presentes de la economía local, su bajo crecimiento o directamente su estancamiento verificable en los años anteriores, y desde esa posición trazaron el recorrido histórico.

En rigor, muchas de las ideas que recogió el pensamiento estructuralista estaban presentes años antes, y pueden considerarse como antecedentes. Por ejemplo, en alguna obra más histórica de Alejandro Bunge (1920) y en particular en los trabajos del ingeniero Adolfo Dorfman (1942) sobre la “evolución” de la industria argentina de fines de la década de 1930, dado que tenían una visión histórica y habrían de enunciar una serie de hipótesis que constituyeron el sustento de las explicaciones destacadas en momentos posteriores. Según el agudo estudio de Dorfman (de difícil clasificación, pero con ideas provenientes de su formación marxista), el hecho de que el país comenzara a industrializarse mientras se producía su inserción en el mercado mundial como apéndice proveedor de materias primas y alimentos había constituido un obstáculo para el logro de una economía industrial moderna. De hecho, sólo en momentos de crisis en el sector externo (como en 1890 o durante la Primera Guerra Mundial la reducción de las importaciones había permitido un incipiente proceso de sustitución de importaciones. Para Dorfman, la industria estuvo desde sus orígenes limitada por la naturaleza de la inserción del país en la economía mundial y sus fluctuaciones, por las características de los sectores dominantes y los inadecuados estímulos estatales (escasa protección inicial, inexistencia de una política crediticia e impositiva adecuada, etc.). En ese esquema, el latifundio habría impedido, por un lado, la conformación de un mercado para el impulso industrial y, por otro, consolidado el dominio de los terratenientes en la estructura social y política del país, que finalmente hizo poco plausible la introducción de políticas favorables a los intereses manufactureros, por definición endeble. La idea relativizaba el crecimiento industrial anterior a la crisis de 1930 – considerándolo poco importante- y suponía que el predominio agrario había imposibilitado que los industriales, en su mayoría extranjeros y propietarios de pequeños talleres, participaran en la definición de políticas económicas que pudieran favorecer a ese sector productivo.

Más de dos décadas después, cuando Ferrer escribió su trascendente libro, *La economía argentina*, ya contaba con otro bagaje teórico, que Dorfman no pudo tener: las teorías del desarrollo y los trabajos de Raúl Prebisch y la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL). Había ahora también algunos estudios de ingenieros sobre historia económica (como el de Ricardo Ortiz, 1955) y otros específicos (como el de Giberti, 1954) sobre la estructura económica y agraria, que proporcionaba una caracterización de las clases sociales involucradas en la producción y el poder ganadero. Para Ferrer, Argentina constituía un caso contradictorio porque a pesar de contar con todas las condiciones necesarias para el desarrollo no lo había logrado. Su propósito era explicar por qué, y para eso recurrió al proceso histórico. Pero a la vez, sostenía que la dimensión histórica era insuficiente para explicar el derrotero de una nación en busca del desarrollo; a esa dimensión debía agregarse el estudio de los cambios producidos en la economía mundial “puesto que los factores externos han jugado permanentemente un papel decisivo en el desarrollo del país”. De modo

que introducía las dos perspectivas de análisis que guiarían su tratamiento del desarrollo nacional: la historia local y su imbricación con la dinámica internacional.

El método contemplaba la identificación de las etapas o modelos donde aplicar un examen sistemático y profundo a las variables económicas, superador de la dinámica del corto plazo propia de los análisis económicos. Esa diferenciación de etapas se enmarcaba en las teorías de la modernización y el desarrollo, que adoptaban un sentido lineal y evolutivo de las sociedades, en las que era posible encontrar determinados comportamientos de largo plazo, una dinámica estructural. Allí se advierte la influencia directa del pensamiento estructuralista latinoamericano, de los teóricos del desarrollo y especialmente del libro de Celso Furtado que inspiró su abordaje de las etapas históricas en el caso argentino como marcos de análisis específicos, “perfectamente diferenciables”. Ferrer, al igual que Furtado, pretendía ir más allá de la metodología propia de los economistas al intentar “precisar el comportamiento de las fuerzas sociales en el proceso de desarrollo... en última instancia, del determinante manifiesto de la dinámica histórica”. Con todo, esta mirada quedó reducida en la interpretación al análisis de la estructura del sistema económico donde los sectores sociales no parecen tener un papel preponderante en la explicación de la dinámica de ese sistema, subordinados a variables como la vulnerabilidad externa, la falta de integración económica o el retraso tecnológico. Más novedoso que el método y la periodización propuesta en el trabajo era la pretensión de buscar las “raíces históricas” de los problemas económicos del momento (expresados en el recurrente estrangulamiento del sector externo y sus consecuencias sobre el crecimiento). Sin duda, ese resultó ser uno de los aportes más significativos de la interpretación. Decía en el prefacio que era imposible lograr una comprensión adecuada de las causas del “estancamiento” sin analizar las raíces históricas de los problemas de corto plazo presentes en ese momento.

Ferrer aplicaba su método a cuatro etapas del desarrollo económico argentino: “Las economías regionales de subsistencia”, “La etapa de transición”, “La economía primario-exportadora” y “La economía industrial no integrada”. En la etapa correspondiente a “La economía primaria exportadora”, analizaba los procesos que habían hecho posible la inserción de la economía local a través del crecimiento de las exportaciones agropecuarias, el sector más importante de la economía nacional en el período. No obstante, dos factores resultarían decisivos para bloquear la formación de un capitalismo consistente con una economía diversificada y compleja: el acceso a la propiedad de la tierra y el temprano predominio de la inversión extranjera sobre segmentos fundamentales de la cadena de agregación de valor de la producción primaria, como los transportes, la industrialización, la comercialización y el financiamiento.

Ferrer postuló varias hipótesis sobre la implicancia del régimen de tenencia de la tierra sobre la estratificación social, el crecimiento de la producción agropecuaria y el sistema político. La explotación extensiva afectó negativamente la productividad agropecuaria y el crecimiento de la producción, e impidió que la producción se apoyara en una clase de productores medios rurales con pocos incentivos a la incorporación de progreso técnico. El régimen de arrendamientos y el patrón de consumo suntuario con un alto peso de mercancías importadas, que desarrollaron los grandes terratenientes, terminaron por disminuir el volumen de las inversiones potenciales. Para Ferrer, esa concentración del poder económico ejerció una poderosa influencia en la vida política nacional. A pesar del éxito en términos de crecimiento y la relativa estabilidad institucional, las bases resultaron endeble tanto por la concentración de la riqueza y el ingreso como por la vulnerabilidad externa del sistema. Esa debilidad se mostraría con crudeza frente a la desaparición de los factores externos (demanda y precios internacionales) o si se agotaba la frontera productiva de la región pampeana. En

resumen, la argumentación central era que el cauce fijado para la integración mundial había propiciado la especialización en la producción primaria y obstaculizó la diversificación de las estructuras económicas y la industrialización, lo que convirtió en uno de los factores fundamentales para, después de un primer impulso inicial, frenar el desarrollo de la economía.

Como señalamos, en este recorrido histórico sólo tenía sentido en la medida que pudiera brindar claves para entender el proceso contemporáneo y, en definitiva, derivar de allí las propuestas de política económica tendientes al logro del desarrollo. Esa idea, expresada en la introducción quedó reflejada con mayor precisión en el análisis de la última etapa denominada “Economía industrial no integrada”. Esta etapa se iniciaba con la crisis económica internacional de 1930 y, al momento en que Ferrer escribió el texto, se encontraba inconclusa. La Argentina se caracterizaba por tener una estructura económica y social diversificada y comparable a las economías avanzadas modernas, aunque con insuficiente integración industrial como consecuencia de los altos precios de las manufacturas, del desarrollo económico limitado, del déficit externo, de la dependencia tecnológica y del control extranjero de las industrias y los servicios. En su perspectiva, el contexto político y social resultante de esa estructura reforzaba la inhibición del crecimiento económico al acentuar los conflictos sociales y distributivos, lo que explicaba el magro desempeño de los últimos años.

La última parte del libro, que ya no correspondía a una “etapa”, estaba dedicada a analizar las “precondiciones” de la economía industrial integrada. Aquí Ferrer readaptó la terminología de Rostow (1960) (mientras criticaba la idea del “despegue” dado el prolongado estancamiento) y sostuvo que el crecimiento futuro de la economía nacional solo podía lograrse mediante la integración de la estructura económica. En esos párrafos finales quedaba al desnudo el objetivo del autor: interceder en el logro del desarrollo económico, un propósito que era finalmente posible con adecuadas políticas económicas y sociales. Ferrer señaló explícitamente: “he sostenido la tesis que ha sido la errónea conducción de la política económica nacional desde que, en 1930, se inicia una nueva etapa del desarrollo argentino, la causa última del estancamiento” (Ferrer, 1963, p. 240). Por lo tanto, la estrategia de abordaje recurriendo al análisis histórico debe entenderse dentro de esa lógica. No se trata, en rigor, de una historia económica (aunque sus aportes en ese plano sean notables) pues no pretende comprender el significado que tuvo para los sujetos determinadas experiencias económicas sino, como lo expresa explícitamente, de un estudio de un economista que recurre a la historia para develar las causas del estancamiento, causas que ameritan un análisis de largo plazo y, a partir de allí, presentar su proyecto político-económico (Rougier, 2022).

En paralelo al trabajo de Ferrer, Guido Di Tella y Manuel Zymelman abordaron un análisis de la economía argentina en el largo plazo, también apelando a identificar “etapas”, sobre la base del esquema teórico de Rostow, pero con la pregunta guía de identificar el “fracaso”: “Analizando el proceso de desarrollo de los últimos ochenta años resulta imposible no tener la sensación de que algo –difícil de precisar- ha fallado... Cabe preguntarnos dónde, reside este fracaso” (Di Tella y Zymelman, 1962).

El interés de Rostow era aplicar la teoría económica a la historia de un país y especialmente a su área comercial, considerando particularmente el lugar de las invenciones e innovaciones en el crecimiento. Sobre esta base, consideró la evolución económica de las sociedades en cinco etapas: la sociedad tradicional, las condiciones

previas al impulso inicial, el impulso inicial o *take-off*, la marcha hacia la madurez y la era del alto consumo en masa. De todas ellas Rostow se centró en la del “impulso inicial”, donde se vencerían los obstáculos para el crecimiento económico. En esta fase, el estímulo inmediato era de carácter tecnológico, pero acompañado por un poder público que asumía como propio el sendero de modernización de la economía; en el “impulso inicial” el producto per cápita crecía y también lo hacían el ahorro y la inversión; particularmente, el crecimiento se llevaba a cabo en las actividades manufactureras, que a su vez impulsaban el incremento de la productividad agrícola. Estas concepciones fueron retomadas y reformuladas por Di Tella y Zymelman, quienes habían participado de los cursos de doctorado sobre Historia de la economía dictados por Rostow en el Massachusetts Institute of Technology.⁵ Los autores asumieron como aplicables al caso argentino las etapas rostowianas, pero no obstante, dado que hacia fines de la década de 1950 el “desarrollo” no se había logrado, intercalaron una “demora” entre 1914 y 1933 (fecha esta última en la que se habría producido el “despegue” en la Argentina).

Esta idea ya se encontraba presente en un breve texto de Di Tella, preparatorio de su tesis doctoral, fechado en 1958. Allí introdujo la idea que la Argentina se había “demorado excesivamente” en pasar a un modelo económico que fuera más intensivo en capital y menos en tierra. Su atención se concentraba en el periodo de “transición” o de “demora”. De tal suerte, en su concepción el país se había alejado del esquema óptimo de producción después de 1914 por tres factores principales: el agotamiento en la disponibilidad de nuevas tierras aprovechables, el cambio en la proporción de los factores de producción disponibles y la inflexibilidad de los factores productivos invertidos en las actividades tradicionales (Di Tella, 1958).

Poco después, cuando dieron a conocer sus ideas, Di Tella y Zymelman señalaron que la “excepcional expansión económica argentina de 1875-1914, era de un tipo que no era posible continuar al mismo ritmo, de modo indefinido” (Di Tella y Zymelman 1961), y que, dado que las proporciones factoriales se mantenían fijas en el sector agrícola,

la economía sólo podrá continuar su expansión si puede desarrollar su sector industrial... todo nuestro argumento consiste en señalar la discontinuidad entre la rentabilidad de las inversiones en el sector agrícola, comparadas con las del sector industrial, precisamente en el momento en el cual la economía está procediendo al cambio de un tipo a otro en la expansión. Creemos que en el mundo real esta discontinuidad puede haber ocurrido en Argentina, alrededor de 1920 (Di Tella y Zymelman 1962).

Para los autores, el país estaba maduro para el impulso inicial a comienzos de la Primera Guerra Mundial, pero agotada la posibilidad de la expansión agraria, al no seguir políticas industriales como las que había pregonado Bunge la sociedad no había logrado avanzar en el desarrollo antes de la crisis de 1930, cuando las nuevas circunstancias provocaron una respuesta obligada en favor de la industrialización. Di Tella y Zymelman, reconocían que la imposibilidad de llevar adelante esas modificaciones se había debido fundamentalmente a “obstáculos institucionales” que, en definitiva, en el plano político encarnaba el radicalismo (por su composición social, la falta de convicciones industrialistas, etc.) (Rougier y Odisio, 2023).

⁵ En realidad, se trata de dos tesis diferentes, aunque anudadas temporalmente y dirigidas ambas por Rostow. La de Zymelman fue presentada en 1958 titulada *The Economy History of Argentina 1933-1952*; mientras que la de Di Tella fue presentada en 1960 bajo el título *The Economic History of Argentina 1914-1933*.

Con todo, como señalamos, estas ideas no tendrían difusión en el medio local hasta prácticamente después de la experiencia desarrollista, cuando los autores publicaron parte de sus tesis como libro con un sustancioso apéndice (Di Tella y Zymelman 1967). A partir de allí se desarrolló un “debate” sobre esa supuesta demora en el que participaron de manera más o menos explícita varios economistas con perspectivas diversas (Díaz Alejandro, Javier Villanueva, Arturo O’Connell, Juan José Llach, etc.).⁶ En 1973, en una reedición ampliada del libro, los autores insistían con la idea elaborada más de una década antes: “En nuestro trabajo hemos tratado de establecer qué factores han contribuido a este fracaso, si es que sí cabe llamarlo”, reforzando que el trasfondo de la investigación tenía como meta ese objetivo, aunque revisaban a la luz del “debate” la idea de la demora y la “anomalía” que ella suponía.⁷

En busca de una explicación nos hemos visto obligados a llevar nuestro peregrinaje hasta los comienzos de la expansión económica, alrededor de 1875. Esperamos en el transcurso de nuestra tarea haber contribuido a facilitar la comprensión de los fenómenos que nos han llevado a la coyuntura presente” (Di Tella y Zymelman, 1973, p. 123)

También en esta línea de raigambre estructuralista, y con una búsqueda similar de explicar la declinación de largo plazo, puede sumarse el trabajo de Vitelli (1999). Este economista señaló que, en el derrotero económico argentino, “algo no auspicioso tuvo que haber ocurrido... instalando la desazón de fin de siglo”. Vitelli destaca “nítidas” expresiones cuantitativas del declino argentino, identifica “rezagos” respecto a los ingresos per cápita y las exportaciones en tramos precisos, identificados con caídas abruptas en los ingresos y en las exportaciones. Así señala los quiebres de 1938, 1948, 1959, 1975, 1981, 1985 y 1989. En su interpretación considera dos ejes externos: la sucesión de paradigmas tecnológicos y los marcos macroeconómicos predominantes en el mundo; junto a ellos destaca tres internos: la dotación de recursos, los eslabonamientos tejidos desde el pasado y las metodologías y concepciones de las políticas económicas. A partir de estas variables, identifica siete “transiciones” recorridas (o no) por la economía argentina a lo largo del siglo XIX y XX. En aquellas en las que la economía local se acopló a los cambios tecnológicos internacionales (como durante la etapa agroexportadora en los años de avance de la industrialización entre los años cuarenta y setenta) hubo mayores acercamientos a los niveles de bienestar de las economías más industrializadas. Por el contrario, en aquellas transiciones no recorridas (por ejemplo, la vinculada a las transformaciones impulsada por la primera revolución industrial) se habría estructurado mucho de las reducciones en los ingresos y los rezagos frente a las naciones exitosas.

El libro finaliza con la misma preocupación de ubicar el declino de la economía argentina. Ahora bien, la causalidad múltiple puesta en juego a lo largo de sus voluminosas páginas no le permite fechar con precisión el inicio de la declinación argentina. Más aun, Vitelli señala

⁶ Más recientemente, Gerchunoff (2016) revisa el período, con el sugerente título “El eslabón perdido”, en línea con lo que venimos destacando.

⁷ En efecto, señalaron que del análisis “objetivo” de los hechos se desprendía que, en realidad, “el proceso de desarrollo argentino, aunque con altibajos, es perfectamente “normal”, dada la particular forma que adquirió desde su iniciación y dadas las circunstancias especiales en las cuales se desenvolvió”, recogiendo aquí las críticas que le dispensara Díaz Alejandro sobre la “demora”. En esta revisión, la “demora” no debía considerarse un período de estancamiento sino un período en que las políticas económicas “no se adecuaban a las necesidades del momento, y en el que, si bien la renta nacional crecía, no se comprobaba un cambio significativo en la estructura económica del país, lo que sólo tuvo lugar después de la crisis de 1930” (pp. 123-124).

que “sería un error conceptual hacerlo”, dados los efectos y dinámicas dispares de diversos sectores y regiones frente a esas transiciones. De allí que la “declinación” no pueda ser imputada sólo al agotamiento del modelo agroexportador, por ejemplo, si bien el rezago de 1938 es muy fuerte en su explicación. Es que los amesetamientos casi ineludibles pueden enfrentarse con nuevos desarrollos y acoplos, esto es, al no adosarse nuevas actividades ni generar nuevos empujes e interrelaciones de sectores resulta lógico que los bienes disponibles y el crecimiento global languidezcan: “la declinación no se encuentra en la estabilización o en el agotamiento del empuje del viejo sector ya instalado sino, precisamente, en la carencia de nuevos acoplos dinamizadores” (Vitelli, 1999, p. 773).

Quizás la excepción dentro de esta perspectiva sea la obra de Rapoport (2000). Si bien egresado como economista, realizó estudios de posgrado en Francia bajo la dirección de Pierre Vilar, por lo que encaró la investigación bajo la perspectiva de la “historia total” y no necesariamente con el propósito de encontrar los desatinos. No obstante, luego de enumerar las búsquedas e interpretaciones, señala:

Nuestra pretensión es ayudar a resolver estas y otras cuestiones, sobre las que historiadores, economistas y científicas sociales vuelven a menudo con interpretaciones muy distintas. Pero, también, en muchos casos, utilizando la historia para defender sectores e interese específicos o para hacer del conocimiento una forma de manipulación del poder, ideológico o político. No siempre con la intención de emprender el difícil camino que pueda llevarnos a reconstituir la verdad, aunque ésta resulte un espejo algo empañado por las inevitables miradas que le damos desde nuestra propia contemporaneidad (Rapoport, 2000, p. 21).

En un trabajo posterior, el autor no escapó a la tentación, y señaló que “la verdadera decadencia del país inició con la implementación de las políticas neoliberales”. En su mirada, lo que le faltó a la Argentina fue una clase dirigente identificada con el desarrollo industrial desde mediados de los años 1970:

“Las recurrentes crisis inflacionarias que sufrió el país fueron por esa puja de los intereses agroexportadores y del capital internacional con aquellos que pretendieron cambiar las reglas del juego predominantes en la economía argentina desde el siglo XIX, culminando con la aceptación del Consenso de Washington y los consejos del Fondo Monetario Internacional, corresponsable de las últimas crisis argentinas” (Rapoport, 2019, p. 105).

Las perspectivas liberales o neoclásicas

Como ya adelantamos, la perspectiva liberal se enlaza de manera inequívoca a la tesis de la decadencia económica. Es en esta mirada donde más claramente se plantea la idea de que la Argentina fue alguna vez, a fines del siglo XIX y principios del XX, uno de los países más ricos del mundo, para caer luego en una espiral de decadencia mientras avanzaba hacia un proceso de industrialización y vastos sectores sociales antes subordinados lograban acceder a derechos sociales y políticos. La institucionalización de esas políticas a partir de los años cuarenta orientadas a defender las industrias domésticas y la relación corporativa entre los sindicatos y el Estado serían la causa principal del fracaso en el largo plazo. La intervención excesiva del Estado y una progresiva distribución de ingresos, serían origen del irrefrenable proceso inflacionario que comenzó con el peronismo.

Estas ideas tienen importantes antecedentes en los trabajos de contemporáneos como Federico Pinedo, crítico del “fatal estatismo” de la experiencia peronista, pero sobre todo en su *Siglo y medio de la economía argentina* (1961), donde insistió en el carácter positivo de la experiencia agroexportadora y de las políticas aplicadas en ese contexto, frente a las que

sobrevinieron después. No obstante, en términos historiográficos modernos, la teoría de la “decadencia nacional” se difundió principalmente entre las décadas de 1970 a 1990 del siglo XX en numerosos libros y artículos de autores que idealizaban la época agroexportadora y criticaban la perspectiva estructuralista en el marco de un proceso de renovación de los estudios de historia económica argentina. La idealización del modelo agroexportador en esta mirada es muy destacable. Más allá del crecimiento y los datos estadísticos discutibles como las series construidas por Angus Madisson (1995), existieron profundas crisis económicas en varias oportunidades, sin mencionar el abrupto final hacia 1930. Por lo demás el crecimiento fue muy desparejo a nivel regional y con una distribución de ingresos también muy desigual en esa experiencia, aspecto que no es señalado adecuadamente en la perspectiva liberal.

Más allá de la reivindicación de la argentina agroexportadora, los autores de esta corriente se dedicaron a condenar el énfasis puesto a partir de 1940 en la sustitución de importaciones y en un modelo de economía cerrada que habría generado un grado importante de ineficiencia en el sector industrial, a la larga causa del pobre desempeño económico de todos los países de la región. Díaz Alejandro, por ejemplo, evaluó muy negativamente el desempeño de la industrialización por sustitución de Importaciones (ISI), sobre todo en el período correspondiente a los años peronistas y de lo que consideraba las “respuestas tardías” a la Gran Depresión. Así, con el exiguamente velado propósito de revalorizar la experiencia del modelo agroexportador, el autor se mostraba muy crítico de las políticas implementadas por los gobiernos del período posterior a la crisis. Condenaba en particular el énfasis puesto en la sustitución de importaciones y en un modelo de economía cerrada, con políticas limitativas del comercio exterior y de la inversión extranjera, a las que hacía responsables de las bajas tasas de crecimiento del producto y del estrangulamiento de divisas. En el análisis de la dinámica posterior a 1955, Díaz Alejandro postulaba que la política económica fue una continuación de las tendencias iniciadas durante el peronismo, caracterizadas por el excesivo proteccionismo y la “tranquilidad oligopólica”, que impedían el desarrollo de una clase dinámica de empresarios.

La misma idea puede encontrarse en trabajos específicos, como por ejemplo el de Llach (1984), profundamente referenciado y menos discutido, sobre el Plan Pinedo de 1940 como proyecto frustrado. Llach terminó por imponer a los estudiosos del período la idea de que ese plan era “desarrollista keynesiano” y establecer una dicotomía férrea entre la “opción” exportadora de manufacturas, supuestamente implícita en el proyecto conservador y la “mercadointernista” que proponía el peronismo. Como la clase dirigente en la Argentina no tomó la alternativa “correcta”, el país se deslizó por décadas hacia la fatalidad de una economía cerrada e ineficiente. Esta perspectiva, ya presente en los estudios de Díaz Alejandro, tenía como sustrato las discusiones teóricas de la segunda mitad de los años sesenta, donde la exportación industrial desde el punto de vista de los intelectuales vinculados al mundo económico se presentaba como una alternativa posible para resolver los dilemas de la industrialización por sustitución de importaciones en la Argentina. En forma adicional, la interpretación liberal de la experiencia del sudeste asiático de los años sesenta y setenta reforzó la idea de que los errores de política económica cometidos en el ámbito latinoamericano impidieron el desarrollo económico. Una revisión ajustada del Plan daría cuenta de que la estrategia allí presentada consistía fundamentalmente apostar a la sustitución de importaciones, pero las premisas de Llach condicionaron el análisis de los documentos, forzando su interpretación.

Veamos un segundo ejemplo que ilustra otro de los problemas señalados. Como se indicó anteriormente, a fines de los años noventa dos economistas (Gerchunoff y Llach, 1998) realizaron una interpretación de largo plazo de la historia económica argentina, con énfasis en las políticas económicas aplicadas por los diferentes gobiernos. El éxito que de inmediato alcanzó esta obra transformándose en referencia constante para trabajos no solo de historia económica sino también social y política es revelador de la escasez sorprendente hasta entonces de estudios integradores. ¿Qué nos dicen acerca del peronismo en su versión clásica? su interpretación no difiere esencialmente de la que esbozaran años antes Díaz Alejandro: se señalan las contradicciones del régimen en materia de política económica, la tendencia a funcionar como economía cerrada, el avance del estatismo y del nacionalismo económico, el impulso al sector industrial y sus limitaciones, entre otros tópicos. Pocos años después el mismo Gerchunoff acompañado esta vez por Damián Antúnez (2002) escribió un nuevo estudio que presentaba una valoración mucho más positiva (“pintura algo benévolas”, según los autores) de la experiencia peronista que el texto anterior. Es factible pensar que la valoración ha mudado en la medida en que recoge nueva producción e investigación. Pero ello no es así a juzgar por las referencias citadas en el trabajo; es más probable que en esos pocos años que transcurren entre 1998 y 2002 no haya corrido tanta tinta como sucesos y la propia debacle del Estado, de la economía y de la sociedad permita visualizar la experiencia peronista de manera diferente, como un pasado mejor. Evidentemente, la investigación histórica no puede estar condicionada por la cadencia de las vacilantes circunstancias contemporáneas, aunque difícilmente logre desprenderse por completo de ellas.

Las ópticas liberales han enfatizado el agotamiento prácticamente “irreparable” del modelo sustitutivo desde épocas tempranas, idea reforzada en los enfoques institucionalistas de finales de siglo XX que destacaron cómo la inestabilidad política que caracterizó a la Argentina después de 1930 habría impedido la maduración del crecimiento industrial, y que la escasa capacidad de exportación y la distorsión en la estructura de costos y precios relativos de un sector con baja productividad constituía la matriz que explicaba el lento desarrollo de las manufacturas. En su libro *La economía argentina de largo plazo* (1997), Cortés Conde señala que la industria intensiva en el uso de recursos naturales que tenían en mayor abundancia fue superior a la de la de industrialización por sustitución de importaciones. Esta última resultó un fracaso por no disponer -como otros países- de recursos minerales, agregando fletes muy altos para la importación de maquinarias y productos (Cortés Conde, 1997, p. 223). También señaló que el crecimiento industrial durante el modelo agroexportador se basó principalmente en una adecuada utilización de los factores disponibles en el mercado local, mientras que el desarrollo manufacturero posterior a 1930 dependía de insumos y bienes de capital importados y de un alto nivel de protección. Este autor consideró que las políticas elaboradas a partir de los años cuarenta produjeron distorsiones enormes en la economía que se tradujeron en un pobre comportamiento en la segunda mitad del siglo, incidiendo negativamente sobre la productividad tanto del sector rural como del manufacturero.⁸

Para Cortés Conde (1997), las políticas “forzadas” de industrialización y redistribución de ingresos del peronismo fueron la causa de las crisis de 1949 y 1952, consecuencia del estancamiento del sector exportador, mientras se sostenían industrias ineficientes para

⁸ Para este autor, la declinación económica se explicaría por un sistema institucional ineficiente. También Llach (2002), en un trabajo de síntesis sobre la historia industrial, encuentra las razones de la “frustración” en el deterioro institucional y en particular en el mal desempeño de las instituciones económicas. Según este autor, a principios de los años sesenta, la industria se habría encontrado cerca de “cortar amarras” y emprender un desarrollo autosostenido pero la inestabilidad política e institucional lo habría impedido.

garantizar el empleo. La “salida populista” habría consistido en mantener el poder de compra del salario bajando los precios de los alimentos y de los servicios de transporte y energía con sus consecuencias sobre el estancamiento de exportaciones y el déficit, lo que concluyó en inflación y crisis recurrentes. La economía no tendió a operar en su óptimo productivo porque los precios se formaron fuera de las señales emanadas desde los mercados de bienes y trabajo, y propiciaban transferencia de ingresos desde las actividades agropecuarias hacia los sectores urbanos industriales induciendo ineficiencias productivas.

Según estas posturas, a partir de entonces la promoción activa de las manufacturas, el empleo y la demanda a través del estatismo se realizaron sobre criterios laxos de política monetaria y fiscal. El menor crecimiento y los rezagos tecnológicos derivaron de reducidas escalas de producción, consecuencia de su orientación al mercado interno. En suma, el agotamiento del proceso de crecimiento habría sido el resultado de muchos años de asignación de recursos a proyectos de baja rentabilidad en el sector público y de escasa competitividad en el sector privado.

En este análisis, se genera alguna contradicción con el período de crecimiento importante, motorizado por la industria, que tuvo lugar entre 1964 y 1974. Tanto Cortés Conde como Juan José Llach reconocen ese avance, lo cual limita los argumentos de que la declinación comenzó con el fin del modelo agroexportador, por un lado; pero también, por otro, ese reconocimiento de los logros de la industrialización reforzaría la idea del quiebre producido en 1976 con el inicio de aplicación de políticas neoliberales y, por lo tanto, ubicar allí el punto de partida de la “decadencia” de la economía argentina. Debe señalarse que, a estas posiciones generales, se han agregado argumentos referidos a la inestabilidad político-institucional. Llach (2002), en un trabajo de síntesis sobre la historia industrial, encuentra las razones de la “frustración” en el deterioro institucional y en particular el mal desempeño de las instituciones económicas. Según su lectura, a principios de los años sesenta, la industria se habría encontrado cerca de “cortar amarras” y emprender un desarrollo autosostenido, pero la inestabilidad política e institucional lo habría impedido.⁹

En esta línea de interpretación se encuentra también el trabajo de Paul Lewis (1993), quien asume igualmente el desafío de explicar el dilema argentino. Este autor destaca en un apartado que titula “Respuesta a un enigma”, que la Argentina ejerce una “fascinación mórbida” sobre los estudiosos de la economía política, porque “en muchos sentidos parece estar en retroceso” (p. 23).¹⁰ En su interpretación, el peronismo significó también una ruptura e impidió la conformación de un empresariado capaz de promover la transformación económica. Por lo tanto, esa experiencia dividiría la historia económica argentina en dos grandes etapas: una exitosa, durante el modelo agroexportador (donde los empresarios eran dinámicos, incluidos los industriales) y que se extiende aún hasta los años cuarenta, y otra donde la política estatal apoyada en los sindicatos y pequeños empresarios mercadointernistas terminó por castigar a los empresarios más grandes y dinámicos:

La estrategia económica peronista provocó la resistencia de los industriales, comerciantes y productores agrarios, luego su alienación y finalmente el retiro de sus capitales. La fe en el futuro, una vez destrozada, es

⁹ Dentro de esta mirada “institucionalista” también debe señalarse que se han sumado argumentos culturales, como por ejemplo los bajos niveles de educación, un aspecto ya destacado por Maddison.

¹⁰ Señala que los argentinos son muy sensibles al tema y que dedican mucho tiempo a analizar las fallas de su sociedad y recetar remedios para superarlas, “como si fueran enfermos atacados por una dolencia rara y desgastante”. Más aún, habrían “aspirado a convertirse en una de las naciones más avanzadas del mundo, pero fracasaron” (p. 23).

díficil de reconstruir. Esa fe se perdió durante esa división de aguas y ya no retornó. Éste es, quizás, el principal factor en la crisis del capitalismo argentino (Lewis, 1993, p. 243).

Luego, la incapacidad para incorporar políticamente al peronismo derivó en violencia, un estado débil y paralizado frente a grupos de interés y, sobre todo, en ese contexto, una falta de vocación por la inversión. Las posibilidades de revertir esa situación durante la última dictadura militar terminaron en fracaso, en su visión, por la presencia e intereses de los sectores militares.

Las miradas tributarias del marxismo

Muchas de las interpretaciones de raigambre marxista sobre la historia económica argentina se focalizaron en el problema del latifundio y los sectores terratenientes (la oligarquía), que junto con el capital extranjero frenaban las posibilidades de desarrollo autónomo del país. Ya hemos destacado algunas obras clásicas en ese sentido, como las de Dorfman o Giberti. Esta idea pasó en parte a las perspectivas estructuralistas y reapareció en los estudios de fines de los años sesenta o comienzos de los setenta, redefinida por el matiz que asumió la “teoría de la dependencia” y los nuevos temas y problemas que agrupó.

No obstante, en los años cincuenta tuvo inicio una corriente interpretativa que cobraría fuerza en las explicaciones de largo plazo, si bien no con tanto énfasis, o al menos no tan explícitamente, en buscar las falencias o fracasos del capitalismo argentino. Así, los trabajos Milcíades Peña (1957) se concentraron en identificar los problemas del desarrollo económico local, las causas del “estancamiento”, a partir del análisis de los grupos sociales dominantes, y su “naturaleza. Peña señaló que la burguesía industrial argentina había

nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separa, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes” (Peña, 1974, p. 23).

Sin embargo, esa unidad de intereses no implicaba que no se produjeran roces importantes por ejemplo en torno al proteccionismo reclamado por los industriales y el librecambio exigido por los terratenientes. Esta línea de abordaje fue desarrollada más tarde por Jorge Sabato (1979), en pleno contexto de quiebre de la economía local y avance de las alternativas de acumulación financiera, considerando también la “frustración” en el camino del desarrollo.¹¹ Su punto de partida destaca que durante el modelo agroexportador la clase dominante no era exclusivamente agropecuaria, sino que se encontraba diversificada en varias actividades (incluido el comercio, las finanzas e incluso la industria). De hecho, los empresarios habrían tenido un origen comercial y financiero y habrían aprovechado los sucesivos booms generados por la vinculación de sus actividades con la economía internacional con un mínimo de inversiones. Esta clase se comportaba con una mentalidad más comercial que productiva, procurando mantener el mayor capital líquido posible y manteniendo bajos niveles de inversión para preservar la flexibilidad frente a los cambios de coyuntura y las distintas oportunidades de negocios. De esa manera descartaba la idea de un comportamiento inmanente de los actores sociales, sino que se concentraba en condiciones objetivas, donde las estrategias de diversificación o integración vertical fueron generalmente respuestas empresarias racionales frente a determinados contextos macroeconómicos

¹¹ La idea quedó plasmada en un trabajo posterior Sábato (1981) cuyo título fue *La pampa pródiga: claves de una frustración*.

institucionales (caracterizados por la presencia de incertidumbre, fallas de mercado, etc.).¹² El esquema le permite a Sabato explicar el estancamiento agropecuario de la década de 1940, dado que la estrategia diversificadora de los terratenientes habría desalentado el uso de tecnologías capital-intensivas, limitando la producción y los rendimientos.

Estas propuestas de investigación tuvieron continuidad en la obra del ingeniero especializado en economía Jorge Schvarzer. Si bien sus estudios buscaron aportar a la discusión económica del presente, aquellos con perspectiva más histórica trataron de alejarse del común denominador de los trabajos que analizamos previamente. Con todo, en la introducción a su trabajo más significativo desde el punto de vista de los aportes a la historia económica, *La industria que supimos conseguir*, no evita señalar: “Este libro pretende realizar esa tarea de presentar un tema complejo de forma simple, ensayando de contar la lógica del fenómeno industrial, y su historia, a todos aquellos que se cuestionan el evidente fracaso de la argentina moderna de alcanzar el deseado estadio del desarrollo” (Schvarzer, 1996, p. 10).¹³

La obra discute fuertemente las interpretaciones clásicas sobre la industria (estructuralistas) y también aquellas revisionistas que encasillamos dentro de la perspectiva liberal. En particular, rescata variados aspectos del proceso de industrialización y enfatiza en claves diferentes a las de aquellas corrientes para explicar los problemas estructurales de la economía argentina. La industria, surgida tempranamente con características oligopólicas, se encontraba en manos de grupos que operaban vinculados a los grandes intereses locales y externos y su estructura se acomodaba a las presiones derivadas de la inserción internacional. Especialmente, destaca las características de los empresarios, obsesionados por buscar la máxima rentabilidad en el corto plazo más que por demandar mecanismos que posibilitaran un crecimiento sostenido del sector; también que el Estado no había adquirido un papel claro de impulsor del desarrollo industrial, y diversas estrategias fabriles fueron inadecuadas, discontinuas o tardías para evitar el fracaso estructural que sobrevendría después de 1976.

Con algunas variantes, esta traza hermenéutica también aparece en los trabajos de autores vinculados a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, como Eduardo Basualdo, Daniel Azpiazu y Hugo Nochteff. De acuerdo con Basualdo (2006), la industrialización se plasmó como eje alternativo al agotamiento económico de la economía argentina, lo que disminuyó el poder de la oligarquía pampeana, si bien conservó una persistente “capacidad de veto” (y por lo tanto de negociación con las demás fracciones del capital) dada su posición dentro de las exportaciones y su aporte a la obtención de divisas necesarias para sostener el proceso de crecimiento. Su poder estaba definido por la propiedad de la tierra, pero también por otras actividades económicas como la financiera y la comercial, e incluso la industrial. Por lo tanto, “desde el comienzo mismo de la industrialización del país, una fracción de la oligarquía pampeana se arraigó firmemente en esta actividad, pero conservando, al mismo tiempo, su inserción como parte de los grandes terratenientes... su actividad industrial no confrontaba con el modelo agroexportador, sino que era funcional al mismo” (Basualdo, 2006, p. 16).

Esa génesis, sería, en la interpretación del autor, clave para entender la naturaleza de una fracción central del capital industrial durante la sustitución de importaciones. Los nuevos integrantes de origen industrial asimilarían así el comportamiento de la “oligarquía

¹² Véase el debate que se originó en torno a esta interpretación en Regalsky (2005) López (2006) y Pampin (2012), entre otros.

¹³ Una idea que aparece como consolidada en el título de su último trabajo, aún inédito: *La clase dominante y la declinación argentina*.

diversificada”, que asumió durante el peronismo la conducción del sector de clase en su conjunto (que incluía al capital extranjero), enfrentando a la “alianza populista” constituida por la clase trabajadora y sectores de la burguesía nacional. Finalmente, el proceso terminaría en la “revancha clasista” que se puso en marcha a partir de la última dictadura militar, con el retorno al sometimiento imperialista y oligárquico a través de la imposición de un modelo de “valorización financiera” que concentró el ingreso en manos de los acreedores externos, la oligarquía diversificada (grupos económicos locales) y la oligarquía terrateniente en general. Fue esta “revancha” la que desencadenó una profunda regresión estructural y social, asociada a la desaparición de la burguesía nacional, la desocupación y una caída del empleo y el salario real, ubicando de este modo el quiebre fundamental del declino económico hacia 1976.

También Azpiazu y Notcheff (1994) señalaron que desde 1976 el producto por habitante, la tasa de inversión, la productividad, los salarios cayeron; mientras que la desocupación y la pobreza aumentó y la redistribución del ingreso fue más regresiva. En otras palabras, la argentina se “subdesarrolló” durante las décadas consideradas en el diagnóstico, las recomendaciones y las políticas liberales (o neoconservadoras, en su expresión). Esas políticas permitieron un mayor margen de libertad a la “elite económica”, reduciendo la capacidad de coacción del Estado y del resto de los sectores sociales, generando nuevas restricciones al desarrollo. En rigor, la idea del “desarrollo ausente” no parece condicionar la investigación, al menos no desde el título. No obstante, los autores aluden en el interior de la obra a “los senderos perdidos del desarrollo”. El comportamiento rentístico de la elite económica y las políticas públicas moldeadas por este comportamiento dieron lugar a la adopción de “opciones blandas”, no promotoras de la inversión en activos fijos, en línea con el esquema propuesto por Sabato.

En su explicación señalan a) que la economía argentina no ha sido de “desarrollo” en un sentido schumpeteriano (generador de innovaciones), sino una “economía de adaptación” (tardía desde lo tecnológico), de ajuste a lo creado por otras economías; b) la elite económica se ajustó y forzó el ajuste de toda la economía sin competir por “cuasi-rentas tecnológicas”; c) la elite se protegió consolidando monopolios no innovadores ni transitorios sostenidos por el Estado; y d) la obtención de “opciones blandas” provoca booms o burbujas que no generan nuevos ciclos de crecimiento. De este modo, identifican tres “opciones” blandas en el devenir de la economía argentina: la burbuja de la exportación primaria, basada en un impulso “exógeno”, donde la elite acumula activos líquidos para evitar las rigideces de los cambios de oportunidades; la industrialización por sustitución de importaciones, un ajuste adaptativo a un cambio en los factores externos que se continúa en los años cincuenta con la inversión extranjera, es decir una industrialización imitativa derivada del impulso exógeno de la transnacionalización. En este período, la elite económica actuó condicionada por otros actores sociales, pero la dinámica de un modelo con desequilibrio externo constituyó una restricción al desarrollo, impidiendo la innovación y la fertilización cruzada; y el período que se abre a partir de 1976, una burbuja basada en la posibilidad del endeudamiento externo, y la única etapa donde la elite crece sin expansión del producto bruto *per cápita*. La “burbuja del 76” es diferente porque no hubo una adaptación tardía a cambios tecnológicos y productivos, el ajuste es sólo a una oportunidad financiera cuando el esquema anterior no estaba agotado, es decir, se “desajustó” a los cambios tecnológicos externos. La ruptura del empate social significó la desaparición del ajuste mutuo y los distintos actores sociales no pudieron, a partir de allí, poner límites a la estrategia de la elite económica.¹⁴

¹⁴ Una interpretación adicional desde el marxismo, aunque se aleja de esta tradición, puede encontrarse en el trabajo reciente de Sartelli y Kabat (2024). Los autores son ambos historiadores, pero, quizás influenciados por

Consideraciones finales

La Historia Económica presenta una explicación del pasado en función de reflexiones teóricas, postulados y conceptos motivados por la actualidad económica y a la vez es un campo de observaciones inacabable que pueden llevar a mejorar las proposiciones, modelos y teorías originales. En esencia, los historiadores económicos se preguntan cómo han sido y cómo se han transformado los sistemas económicos a lo largo del tiempo, cómo se ha garantizado la subsistencia de las sociedades, cómo se han obtenido y distribuido los excedentes, etc. Una pregunta clave que ha recorrido toda la indagación económica con perspectiva histórica ha sido por qué unas naciones son ricas y otras pobres. El desarrollo económico implica cambios en la estructura económica y social y, al menos desde Adam Smith en adelante, las hipótesis para explicar esos cambios y sus limitantes han sido incontables, abarcando muy diversos temas y dimensiones (tales como la geografía, la cultura, las mentalidades, la economía, las instituciones o la propia historia etc.).

En otras palabras, la Historia Económica nos ofrece herramientas para explicar la situación económica de un país, simplemente porque la sociedad actual no es otra cosa que el resultado de las transformaciones de las sociedades pasadas. Es ese recorrido el que permite entender, por ejemplo, por qué los dilemas contemporáneos, las incertidumbres, las frustrantes y conflictivas realidades tienen raíces profundas en el pasado. Pero, además, la investigación en Historia Económica permite desandar las explicaciones simplistas que se instalan muchas veces en la sociedad, aquellas que perturban y deforman la realidad no sólo del pasado sino también del presente. Por ejemplo, la idea de que la Argentina era una “potencia” a fines del siglo XIX, o aquella que sostiene que los problemas y la decadencia económica del país fueron consecuencia de las políticas intervencionistas de los años cuarenta, o del sostenimiento de una estrategia centrada en el mercado interno. Estas aseveraciones ramplonas incrustan una puja constantemente renovada y poco feliz en torno a las bondades o no de determinados postulados económicos y políticos que enfatizan en momentos de ruptura y el comienzo del crepúsculo.

Nuestra tradición en Historia Económica es ambigua y refleja falta de diálogo entre las disciplinas de base. En efecto, por un lado, es destacable que una parte mayor de las contribuciones haya provenido de economistas que, con sus orientaciones y matices de relevancia, elaboraron los grandes relatos de síntesis; aun con diferentes perspectivas, básicamente, como destacamos, la historiografía económica se centró en el estudio de problemas del pasado de forma tal que permitiera “rastrear” las posibilidades de resolver situaciones presentes en forma más o menos directa, señalando contingentes “yerros” o “chivos expiatorios”. De eso se trata el “enigma” y la “paradoja” de la Argentina, que estaba llamada a tener un destino venturoso que se frustró. De hecho, las distintas vertientes concuerdan en que las explicaciones son intrínsecas a la lógica de la economía argentina, e infieren razones de errores coyunturales y de política económica que terminaron por acentuar la decadencia. Desde un punto de vista teórico, se trata de un intento discutible de ensamblar

esta historiografía dominante, también se preguntan “¿cuándo y por qué entró la economía argentina en el pantano en el cual hoy todavía se debate?” ¿Cuáles fueron los aciertos y fracasos de la implementación de las políticas económicas?, etc. En este sentido el trabajo se inscribe en la línea señalada de indagar ¿qué nos pasó? La conclusión es que la economía argentina desembocó en un “pantano” a partir de la experiencia peronista, fundamentalmente, dada la orientación mercadointernista que asumió, condicionando la inversión y el despliegue de empresas con economías de escala capaces de competir internacionalmente, curiosamente un argumento que se traslapa con la perspectiva liberal.

una historia del pasado económico argentino (lo cual supone la construcción de un relato histórico sobre la génesis de la frustración del desarrollo) con un proyecto de reformas político-económicas (que actúen sobre la realidad contemporánea para el logro del desarrollo).

Una mirada de conjunto de los estudios que revisamos deja la sensación de que el enigma argentino sigue sin respuestas, quizá porque en la lógica de esa búsqueda el “fracaso” inhibe una explicación única y no polémica. Al mismo tiempo, sugiere que muchos temas quedan en las sombras porque difícilmente puedan entrar en dialogo con esas interpretaciones generales, por diversas razones: a los autores economistas no les interesan esas investigaciones o no es factible incorporar los estudios detallados en interpretaciones generales, poco dispuestas a la flexibilidad y los matices. Entre ambas dimensiones el diálogo ha sido escaso y poco valioso, a decir verdad: relatos esquemáticos, cuando no prejuiciosos, que parten de la teoría para aplicar a la historia la “potencia” de esas teorías, por un lado; relatos extremadamente parcelados, acotados y descriptivos, sin mayores proposiciones e interrelaciones, con muy pobre poder explicativo integral, por otro.

Significativamente, ningún historiador de profesión intentó una historia económica de síntesis o de largo plazo con esa búsqueda antes del cambio de siglo. No obstante, en los últimos años, los historiadores se han animado a escribir interpretaciones de largo plazo y los economistas a abordar estudios específicos demarcados temporal y espacialmente con un uso profuso de fuentes diversas.¹⁵ Probablemente, ello esté relacionado a la pérdida de fe en la “inevitabilidad” del desarrollo, la comprobación dolorosa de que no existe un sendero predestinado, lo cual ha potenciado la mirada sobre un pasado que no puede modificarse, que no habilita a pensar en políticas “erradas”.

Estos trabajos permiten complejizar las interpretaciones que hasta el momento habían pretendido explicar el no desarrollo de la economía argentina por las conductas empresariales innatas (falta de una burguesía industrial nacional), por los problemas de escala y la orientación mercado internista de la actividad económica, por las dificultades institucionales derivadas de la inestabilidad política y macroeconómica, o por el lugar de la economía nacional dentro de la división internacional del trabajo; esos grandes relatos que en definitiva se encontraban vacíos de contenidos, de problematización y poco explicaban. Existe un camino promisorio si se avanza en revitalizar la búsqueda de fuentes diversas, que dan pistas para nuevas investigaciones, que implican nuevos temas y nuevos desafíos metodológicos, si se recupera el contexto histórico y repone a los actores, las ideas y las políticas económicas en sus circunstancias (en su propia temporalidad), si se soslaya la premisa deformante de tratar de establecer cuándo nos apartamos de nuestro sendero manifiesto, si se evaden los anacronismos y la simplificación, si se profundiza el trabajo interdisciplinario y los estudios comparativos.

Es difícil establecer el conjunto de razones que hicieron de la economía argentina lo que es en el presente. Quizás la mejor forma de encarar una problemática tan compleja sea apartarse un poco de esa pregunta original sobre nuestro “fracaso”. Un camino alternativo debería recurrir a la historia. La confianza en una investigación más histórica y menos concentrada en el punto de llegada permitirá desembarazarnos de muchos mitos. Es indudable que toda interpretación de la historia económica parte de nuestra visión del presente, no de cualquier visión (que además contiene nuestro ideal y concepto de desarrollo); y ese presente

¹⁵ Por ejemplo, Hora (2010), Miguez (2012), Belini y Korol (2012), Rougier y Mason (2025).

condiciona nuestro abordaje. Dicho de otro modo, la comprobación de que hace medio siglo que la economía argentina ha asistido a un modelo de regresión económica con un profundo estancamiento productivo y marginación social progresiva, de que el crecimiento parece un anhelo social cada vez más lejano, nos impacta y nos condiciona, nos traslada a través de ciertas teorías e hipótesis. Esos interrogantes sobre la carencia de desarrollo (y no los contrastes con el promisorio futuro que se nos presentaba irremediable) nos animan a mirar el pasado, a pensar en el largo plazo, pero no para buscar los “errores” de los protagonistas, sino para entender sus decisiones en sus contextos, para comprender mejor los problemas del desarrollo económico local, las crisis financieras, los fenómenos inflacionarios, las desigualdades de ingreso, etc.

No es que estemos frente a un debate sin sentido, aunque debemos reconocer que manido. Tiene interés potencial en la medida en que pueda ser una guía atrayente para la indagación histórica, en tanto permita formular más y mejores interrogantes, identificar etapas y quiebres cobra valor sólo en esas circunstancias; menos útil parece contribuir a la obsesión malsana de enfatizar en culpas y culpables, de buscar en la historia las pruebas para una condena muchas veces ya dictada, en remarcar la falta de aprovechamiento de oportunidades... en “encontrar” el momento en que hicimos algo mal que nos retrasó, que nos llevó a fracaso, que nos impidió ser desarrollados... Pero, además y finalmente ¿por qué deberíamos ser desarrollados? ¿por qué deberíamos ser muy diferentes del resto de los países de la región?¹⁶ Para plantearlo quizás de un modo algo más instigador ¿tanto hemos fracasado respecto a otros países en integración social, condiciones de vida, producto *per capita*, etc.? Podemos acordar con Kulfas (2023) que nuestro país es una *rara avis* en la economía mundial; también con que, por sus estándares de vida promedio, está lejos de ser una de las naciones pobres del planeta, un hecho que no se circscribe solo a una cuestión de ingresos y acceso a bienes y servicios, sino también respecto a avances sociales, productivos culturales y científico-tecnológicos.

¿Fue un fracaso la economía argentina antes de 1976? Si la pregunta se refiere al período siguiente quizás sería más fácil de responder; no obstante, aun en los años ochenta o la primera década de este siglo, el país se ubicaba entre los primeros puestos entre los países latinoamericanos, considerando el producto *per cápita*. La pregunta sólo encuentra respuesta si aceptamos que teníamos un futuro espléndente asegurado que se perdió... mala guía para analizar la situación actual, y peor para investigar sobre nuestro pasado. En todo caso, sería atrayente indagar en por qué se generaron esas expectativas de desarrollo, por qué la sociedad tiene una percepción de que somos un país pobre y fracasado, cómo se cimentaron discursos tendientes a incidir en esas percepciones; ello incluye, como adelantamos someramente aquí, la pregunta del por qué quienes bucearon en la historia recorrieron ese *iter* (hoy algo fatigante), por qué cobraron carne esos relatos histórico-económicos y cómo se transmitieron a otros trabajos académicos y al conjunto social, o sus usos e implicancias

¹⁶ Significativamente, no es posible encontrar este énfasis en la búsqueda del “fracaso” en otras historiografías latinoamericanas; salvo que consideremos que los países de la región son un “éxito” económico, no existe razón para explicar la “obsesión” distintiva de la historiografía local. Por ejemplo, Uruguay también tuvo un PBI *per cápita* muy elevado a fines del siglo XIX, sin embargo, la historia económica no se centró en discutir el “fracaso” del país. Probablemente, el trasfondo de esa búsqueda en el caso argentino se explique por la existencia de una élite que se sentía superior al resto de las naciones de la región y por lo tanto asignaba al país un destino de grandeza que los demás no tenían; como eso no ocurrió y cada vez nos parecemos más al resto de los países latinoamericanos, fracasamos. Pero podríamos pensar lo al revés, siempre fuimos latinoamericanos y lo extraordinario fue que tuviésemos un buen desempeño económico por algunas décadas, de la mano de condiciones muy especiales. Quizás sea un mejor norte para explorar los procesos históricos preguntarse por la excepcionalidad del “éxito”, antes que aquel trillado del “fracaso”.

políticas. Identificar la construcción de esos caminos parece ser más interesante que analizar la historia económica bajo esos parámetros o guías, aun cuando pueda ser un estímulo para la investigación científica.

Bibliografía

- Azpiazu, D. y Nochteff, H., 1994. *El desarrollo ausente*. Buenos Aires: Norma.
- Basualdo, E., 2006. *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Belini, C. y Korol, J.C., 2012. *Historia económica de la Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bunge, A., 1920. *Los problemas económicos del presente*. S/e.
- Cortés Conde, R., 1997. *La economía argentina en el largo plazo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cortés Conde, R., 1969. ¿El boom argentino: una oportunidad desperdiciada? En T. Di Tella y T. Halperin Donghi, *Los fragmentos del poder*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Cortés Conde, R., 1998. *Progreso y declinación de la economía argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Di Tella, G. y Zymelman, M., 1967. *Las etapas del desarrollo económico argentino*. Buenos Aires: Eudeba.
- Di Tella, G. 1958. *Theoretical framework of Argentina's economic development during to period 1914-1933*. Cambridge.
- Di Tella, G. y Zymelman, M., 1962. El desarrollo económico de los espacios abiertos. *El Trimestre Económico*, vol. 29, nº 116, pp. 622-633.
- Di Tella, G. y Zymelman, M., 1973. *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires: Paidós.
- Díaz Alejandro, C., 1975. *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Dorfman, A., 1942. *Historia de la industria argentina*. Buenos Aires: Escuela de Estudios Argentinos.
- Ferrer, A., 1963. *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrer, A., 1989. *El devenir de una ilusión. La industria argentina desde 1930 hasta nuestros días*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Gerchunoff, P., 2016. *El Eslabón perdido. La economía política de los gobiernos radicales (1916-1930)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Gerchunoff, P. y Antúnez, D., 2002. De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo. En *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)*, t. 8. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gerchunoff, P. y Fajgelbaum, P., 2016. *¿Por qué Argentina no fue Australia? Historia de una obsesión de lo que no fuimos, ni somos... ¿seremos?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gerchunoff, P. y Llach, L., 1998. *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Buenos Aires: Ariel.
- Giberti, H., 1954. *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires: Raigal.
- Hora, R., 2010. *Historia económica de la argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Katz, S. y Yeyati, L. (2024). When did Argentina lose its mojo? A Short Note on Economic Divergence, *Economic Research Working Papers*, nº 114, pp. 1-23.

- Kulfas, M., 2016. *Los tres kirchnerismos. Una historia de la economía argentina 2003-2015*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kulfas, M., 2023. *Un peronismo para el siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lewis, C., 1999. Del crecimiento al retraso económico: una revisión de los recientes debates sobre la historia económica y social argentina. *Ciclos*, vol. 9, nº 18, pp. 5-31.
- Lewis, Paul, 1993. *La crisis del capitalismo argentino*, Fondo de Cultura Económica.
- Llach, J., 1984. El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo. *Desarrollo Económico*, vol. 23, nº 92, pp. 515-558.
- Llach, J., 1985. *La Argentina que no fue. Tomo I: Las fragilidades de la Argentina agroexportadora (1918-1930)*. Buenos Aires: IDES.
- Llach, J., 2002. La industria 1945-1983. En Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, t. 9, Buenos Aires: Planeta.
- López, A., 2006. *Empresarios, instituciones y desarrollo económico: el caso argentino*. Buenos Aires: Cepal.
- Madison, A., 1995. *Monitoring the World Economy 1820-199*, Paris, OECD
- Míguez, E., 2005. "El fracaso argentino". Interpretando la evolución económica en el "corto siglo XX". *Desarrollo Económico*, vol. 44, nº 176, pp. 483-514.
- Miguez, E., 2012. *Historia económica de la Argentina: De la Conquista a la crisis de 1930*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Peña, M., 1974. *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*. Buenos Aires: Fichas.
- Ortiz, R., 1955. *Historia económica de la Argentina, 1850-1930*. Buenos Aires: Raigal.
- Pampin, G., 2012. La historiografía en torno de la clase dominante: las tesis de Peña, Sábato y los debates recientes. *H-industria*, nº 10, pp. 1-23.
- Peña, M., 1957. Rasgos biográficos de la famosa burguesía argentina, *Estrategia*, nº 1.
- Pinedo, F., 1961. *Siglo y medio de economía argentina*, Buenos Aires: CEMLA.
- Rapoport, M., 2000. *Historia económica, política y social de la Argentina*, Macchi.
- Rapoport, M., 2019. La teoría de la decadencia económica y el neoliberalismo argentino. *Ciclos*, nº 53, pp. 73-108.
- Regalsky, A., 2005. Financistas, empresarios y clase dominante en la Argentina antes de 1930. Algunas reflexiones críticas. *Ciclos*, nº 30, pp. 273-286.
- Rostow, W., 1960. *The Stages of Economic Growth: A non Communist Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rougier, M., 2022. *El enigma del desarrollo argentino. Biografía de Aldo Ferrer*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rougier, M. y Mason, C. (coords.), 2025. *El desarrollo esquivo. Historia de la economía y la política económica de la Argentina*. Errepar.
- Rougier, M y Odisio, J., 2023. *Industry and Development in Argentina An Intellectual History, 1914-1980*. London: Routledge.
- Sabato, J., 1979. *Notas sobre la formación de la clase dominante en la Argentina moderna 1880-1914*. Buenos Aires: Biblos.
- Sabato, J., 1981. *La pampa pródiga: claves de una frustración*. Buenos Aires: CISEA.
- Sartelli, E., 1996. El enigma de Proteo. A propósito de Jorge F. Sábato, Larry Sawers y el estancamiento de la economía argentina, *Ciclos*, nº 10.
- Sartelli, E. y Kabat, M., 2024. *El Pantano. Las primeras respuestas de emergencia a la "enfermedad" argentina*. Buenos Aires: CEICS.
- Schvarzer, J., 1993. El enigma argentino en perspectiva histórica. *Boletín del Instituto de historia argentina y americana Dr. E. Ravignani*, nº 7.
- Schvarzer, J., 1996. *La industria que supimos conseguir*. Buenos Aires: Planeta.
- Vázquez Presedo, V., 1978. *Crisis y retraso. Argentina y la economía internacional entre las dos guerras*. Buenos Aires: Eudeba.

- Vázquez Presedo, V., 1992. *Auge y decadencia de la economía argentina desde 1776*. Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias Económicas.
- Vitelli, G., 1999. *Los dos siglos de la Argentina*. Buenos Aires: Prendergast
- Waisman, C., 1986. *Reversal of Development in Argentina. Postwar Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consequences*. Princeton: Princeton University Press.
- Weil, F., 1944. *The Argentine Riddle*. New York: John Day.